

país  
pequeño  
con mapa  
grande



Fernando Reyes Matta

país  
pequeño  
con mapa  
grande

© Fernando Reyes Matta, 2009  
© Pehuén Editores, 2009  
María Luisa Santander 537, Providencia, Santiago  
Fono/Fax (56-2) 795 71 30 / 31 / 32 / 33  
Correo electrónico: editorial@pehuen.cl  
www.pehuen.cl

Inscripción N° 177.166  
ISBN 978-956-16-0464-3

Primera edición, enero de 2009

Diseño y diagramación  
*Olaya Fernández A.*

Impreso en los talleres de  
Salesianos Impresores S. A.

*Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos, químicos, eléctricos, electrónicos, fotográficos, incluidas las fotocopias, sin autorización escrita de los editores.*

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE



## ÍNDICE

Presentación .....	9
I. Razones de un testimonio.....	11
II. Política y palabra: repensar el mundo desde Chile.....	23
Cruzar hacia el 2000 buscando los nuevos mapas .....	25
¿De dónde viene el que viene? .....	33
“Uno hace política exterior desde su región” .....	45
Siete puntos clave con América Latina .....	58
Globalización sí, pero justa y humana .....	75
III. El mapa de los valores esenciales .....	91
La tarea de un “laicista ecuménico” .....	93
Saber más, conocer más, atreverse a innovar .....	110
Cultura y vida; la tarea de la identidad .....	125
El pasado y el futuro: esa interacción ineludible .....	144
IV. De puño y letra .....	165
“Pasar del <i>yo</i> al <i>nosotros</i> ” .....	167
La urgencia de una agenda social frente a la realidad global.....	170
Volver al rastro principal .....	175
Nuevas tareas en el mundo de hoy.....	178
APEC y Mercosur.....	180
El amplio respeto que ganó Lagos .....	184

## Presentación

**H**an pasado tres décadas desde que publicara mi primer libro sobre las vinculaciones entre comunicación y las relaciones internacionales. Editado en México y Brasil con el sello de ILET, “La Información en el Nuevo Orden Internacional” representó un esfuerzo colectivo para abrir la mirada sobre lo que atisbábamos en el horizonte: la profunda transformación al interior de nuestras sociedades y en el mundo, ligada a la revolución en las tecnologías de la comunicación y al surgimiento de las redes digitales.

Hoy las fronteras no son lo que fueron. Las noticias sólo respiran simultaneidad. Las distancias se diluyen. La diplomacia ya no es exitosa si no sabe manejar el escenario de “lo público”.

Y de eso trata este libro. De una experiencia con la mirada en el futuro. Me impulsaron a escribirlo amigos como Eduardo Araya, Pedro Durán, Osvaldo Rosales, Andrónico Luksic, Ivan Auger, José Miguel Puccio o Renato Hevia. A ellos y a otros agradezco profundamente por su estímulo y sus comentarios. Por cierto a Ricardo Lagos, ex presidente y amigo, por sus comentarios y a la vez por el respeto a mi independencia para escribir sobre la experiencia vivida durante su gobierno.

Mi agradecimiento a Jorge Barros y Editorial Pehuén por un trabajo minucioso y de alto profesionalismo, tras el cual este libro sale al encuentro de sus lectores. De todos ellos, unos en especial: los alumnos de la Academia Diplomática

“Andrés Bello”, hoy ya convertidos en diplomáticos del siglo XXI. Fui su profesor de “Diplomacia Pública” entre 2005 y 2006, y con ellos pude desarrollar muchos temas que han servido de base a los contenidos de este texto.

Los cambios en la diplomacia serán aún más fuertes cuando crucemos el Bicentenario de nuestra independencia. Será necesario tener mucha flexibilidad y agudeza, para actuar en un mundo crecientemente comunicado y con agendas inevitablemente públicas.

diciembre 2008.

## I. Razones de un testimonio

**Diplomacia Pública:** “Las acciones del gobierno de una nación para influir sobre la opinión pública y de las elites de otra nación con el propósito de que su política exterior sea favorable a la primera” (Mannheim, 1994).

Mannheim, J.B. (1994), *Strategic Public Diplomacy & American Foreign Policy*, Oxford University Press, Nueva York/Oxford.

**Objetivo de la DP:** “La Diplomacia Pública no debiera consistir simplemente en hablar, sino en prestar atención a cómo los otros escuchan lo que se está diciendo” (Lynch, 2005)

Lynch, D. (2005), *Communicating Europe to the World: What Public Diplomacy for the EU?*, European Policy Centre.

**Y** EL 2008 NOS LLEGÓ con tiempos de crisis. No de una crisis cualquiera, sino de la más dura, profunda y extendida vivida por el mundo desde la Gran Depresión de 1929. Ahora, para bien o para mal —en realidad, lo último— se puso en evidencia lo que en Chile se venía diciendo constantemente: el mercado no se regula solo. Por lo menos, era la afirmación sustancial de quienes tenían la obligación de conducir el Estado y el Gobierno.

Si el mercado no se regula solo y no sabe responder a las expectativas de la gente desde sus necesidades y no desde su dinero, es al Estado al que corresponde buscar los equilibrios y responder con su principal instrumento: las políticas públicas.

Cuando se revisa lo hecho en Chile, especialmente los avances conceptuales entregados a partir del 2000, se entiende por qué, ahora en tiempos de crisis, se dice que Chile está mejor preparado para ello. No es que pasaremos inmunes —de este temporal saldremos con velas rotas y más de un mástil abajo— pero, por haber entrado al siglo XXI con políticas estratégicamente sólidas, podremos seguir adelante tras la meta principal: llegar a ser un país desarrollado.

Una meta, que entre otras cosas, significa asumir que Chile ya no tiene cuatro fronteras naturales, sino cinco. Las cuatro históricas: Desierto, Cordillera, Antártica y Océano. La quinta es el mundo. Con chilenos por todos lados, con

negocios en todos los continentes. Ahí está la necesidad de recuperar a miles de los nuestros —repartidos en geografías tan diversas como Canadá, España, Australia, Suecia, Estados Unidos o China— para un todo de identidad compartida, especialmente con aquellos de segunda generación. Un país que por su apertura, no puede vivir sin entender el mundo y sus tendencias.

Estas acciones vienen de una mirada estratégica. Fueron planteamientos hechos sobre la huella dejada por la crisis asiática de fines de los noventa y los efectos más cercanos de la crisis en Argentina, con una intervención implacable del Fondo Monetario Internacional (FMI). Desde Chile hubo una persistente propuesta de cambios urgentes, un reclamo con solidez para decir cuán necesario era colocar al orden internacional en sintonía con el siglo XXI.

Hoy, cuando se revisan aquellos discursos y declaraciones, se advierte la anticipación que hubo en sus contenidos. Es cierto que al ex presidente Ricardo Lagos se le cita ahora desde diversas capitales del mundo diciendo que la crisis financiera internacional puso en evidencia otra crisis: la de las instituciones de Bretton Woods. Y se le ve diciendo que será importante saber “cuál llegará a ser la arquitectura financiera que va a asumir (el FMI) después de la crisis” y “qué rol va a cumplir”, agregando que “sería fundamental una voz común de América Latina” y si se “incorpora a España, una voz común de Iberoamérica”. No es poca cosa porque esa agrupación puede llegar a ser una quinta parte del G20 y eso significa poder tener otra voz, tener un peso distinto en el debate que viene.

Pero la verdad es que sobre estos escenarios de hoy, Chile ha sido claro y categórico desde que entramos al siglo XXI. Allí están los discursos en la Cumbre sobre Financiamiento para el Desarrollo, en México, o los diálogos sostenidos por el Presidente Lagos con los ex directores del FMI, Horst Köhler (también cuando éste ya era presidente de Alemania) y con Rodrigo Rato, ya fuera en Santiago como en Washington.

También en el marco de APEC como en las Cumbres de Gobernabilidad Progresista y en otras instancias, el mandatario chileno habló con insistencia sobre la necesidad de crear nuevas instituciones financieras mundiales dejando atrás el sistema gestado en 1945, del cual habían salido el FMI y el Banco Mundial. Y así también insistió en asumir que la globalización se estaba disparando sin reglas y lo multilateral quedaba atrás. Por eso, revistas de alta influencia en las finanzas mundiales como *The Banker*, le entrevistaron y pidieron artículos sobre su pensamiento.

Detrás de aquello había una sola preocupación: un país pequeño y con economía abierta no puede navegar contra las corrientes internacionales. Más aún cuando en éstas se instala la “codicia”, como tan certeramente dijera la Presidenta Michelle Bachelet en la ONU.

No siempre le fue fácil a la prensa entender, especialmente a los medios nacionales, los implícitos existentes cuando el Presidente Ricardo Lagos hablaba de llevar adelante una política financiera anticíclica o de cómo se aplicaba la norma del superávit estructural del uno por ciento.

En palabras fáciles, era seguir gastando en políticas sociales y de desarrollo cuando el precio del cobre era bajo, pero saber mantener el mismo ritmo sin desbordarse cuando el precio fuera alto. Aplicar el concepto de superávit estructural para acumular defensas. Aplicar políticas anticíclicas cuando la necesidad obliga a aplicar paquetes de estímulos si hay amenazas de recesión, como consecuencia de tormentas externas que no podemos controlar.

Y también estuvo aquello del encaje bancario para las inversiones externas, una regla heredada de los gobiernos anteriores como instrumento contra la especulación y las inversiones “golondrinas”, muy criticado al comienzo, pero al final reconocido como una protección valiosa por el influyente *The Economist*.

Sería bueno mirar sin apasionamientos ni miopías todo lo planteado en ese período. Fue un tiempo de siembra profunda, la cual hoy permite escuchar a un empresario como Carlos Slim o un líder como José Luis Rodríguez Zapatero, decir que Chile “hizo bien las cosas”. Una frase, que desde su perspectiva, también dijeron Chirac o Bush en su momento.

Ahora, cuando la crisis lleva al gobierno de Estados Unidos a “nacionalizar” varios bancos muy importantes, cuando se plantea la necesidad de dejar atrás las instituciones como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y refundar el sistema financiero, cuando se dice que esta globalización reclama normas claras y resueltas entre todos los miembros de la comunidad internacional, cuando se vuelve la mirada hacia nuevos actores en el desarrollo mundial como China e India, uno siente que Chile no ha estado mal en todo esto. Son temas muy presentes en el discurso colocado por nuestro país en el escenario mundial al despertar el siglo. Y lo hicimos a tiempo.

Se hizo, además, porque necesitamos vivir entendiendo al mundo e insertándonos en él. En el 2007, ya con los datos precisos del sexenio anterior, pudo

afirmarse que el 80 por ciento del crecimiento de Chile, incluyendo comercio de bienes y servicios, dependía de nuestros intercambios con el exterior.

De ahí la idea de ser y saber ser “un país pequeño con mapa grande”. Ser un país capaz de moverse por las nuevas geografías de la política, la economía y la cultura del mundo, con algunas certezas y algunos consensos.

A Lagos le correspondió ser el primer Presidente de Chile en el siglo XXI. Pero tuvo siempre muy claro el sentido de la herencia recibida de sus predecesores democráticos en La Moneda. Desde esa base era posible dar el salto. Patricio Aylwin, había impulsado la reinserción internacional de Chile y reconstruido la confianza exterior en este país, no obstante algunas operaciones con marca del autoritarismo en retirada. Eduardo Frei Ruiz-Tagle, había expandido la presencia y el interés en Chile, consolidando y abriendo espacio a las exportaciones chilenas, firmando tratados de libre comercio con México y Canadá, a la vez que haciendo al país un actor dinámico en foros como APEC o las Cumbres Iberoamericanas.

Y en ese marco emerge este libro, en el cual venía trabajando hace tiempo. El propósito fue dar a conocer los ejes centrales del pensamiento desde el cual el Presidente Lagos construyó nuestro discurso internacional tras su llegada a La Moneda. Como dijo uno de mis profesores de Historia, saber entender como se expresaba su “conciencia de época”.

Tuve el privilegio de trabajar como su asesor internacional en el desarrollo de una “diplomacia pública” moderna, ágil y oportuna. Una tarea casi inédita en nuestras prácticas de política exterior, no sólo para dar cuenta de ciertas acciones y hacerlas visibles y claras, sino también para ser propositivos y novedosos. Y ello buscando tener voz desde los grandes medios de influencia mundial.

Cuando en marzo del 2000 sonó el teléfono en Wellington, Nueva Zelanda, donde era embajador, eran las cuatro de la mañana. Tras el salto, supe que al otro lado de la línea se abría una oportunidad. “Quiero que nos ayudes a pensar y proyectar la imagen internacional de Chile, especialmente en la prensa mundial; tenemos una gran tarea en ese campo” fue su frase. Por cierto le dije que estaría lo antes posible en Santiago. El 1° de junio de 2000 asumí mis responsabilidades en La Moneda.

Yo venía estudiando y elaborando sobre el tema. Había pasado de la historia al periodismo, del periodismo a la diplomacia. Tras el fin de la Guerra Fría y la caída del Muro de Berlín, la interacción entre los países sería otra. La simultanei-

dad aparecía como una acompañante persistente y cercana a los responsables del quehacer internacional en el mundo.

Había dedicado parte de mi tiempo a profundizar en ello cuando el Presidente Eduardo Frei me nombró embajador, a “dieciséis horas de diferencia con Chile”. Mientras trabajaba para convertir a Nueva Zelanda en “país vecino”, pensaba en los efectos para la diplomacia derivados de las expansiones de la comunicación digital. Después del tiempo en La Moneda también lo he podido hacer desde un escenario aún más desafiante, donde me nombró la Presidenta Michelle Bachelet: embajador en China, un gigante que se propuso construir su nueva imagen con los Juegos Olímpicos de Beijing y con la Exposición Universal de Shanghai del 2010. Un país donde la imagen internacional, por múltiples factores, es un tema esencial en su agenda.

Diplomacia pública es un concepto nuevo, aún en desarrollo incluso en los países más avanzados. En esencia, reordena el instrumental comunicacional y sus métodos, convirtiéndolo en factor central dentro de la política exterior de un país. Es lo que nos propusimos entonces. Buscamos tener accesos preferenciales a los editores claves de ciertos medios en el mundo. Nos propusimos ser capaces de proponer temas, artículos, entrevistas, con anticipación o en respuesta oportuna dentro de la coyuntura internacional.

Cada vez que alguien vino a ofrecernos publicar separatas o cuerpos especiales de promoción del país les dijimos que nosotros no creíamos en eso. Los publi-reportajes no estaban en nuestra estrategia. Lo nuestro era trabajar para “crear el acontecimiento”, y a la vez atender con profesionalismo a quienes nos buscaban por sus intereses periodísticos. El Presidente Lagos fue un gran entusiasta de esta forma de hacer diplomacia; él mismo dejó una huella de artículos personales como pocos mandatarios lo han hecho en el mundo.

En el 2005, estando en el comedor de delegados de Naciones Unidas, divisé a Karen Hughes, entonces recién nombrada Secretaria de Estado Adjunta para Diplomacia Pública en el Departamento de Estado. En realidad, ella era, por encima de todo, una persona de alta confianza del Presidente Bush desde sus tiempos de gobernador en Texas. Me acerqué buscando conocer algo de su mirada para una tarea muy difícil, sobre todo tras la invasión en Irak. Cuando le dije quién era y cuál era mi tarea, se produjo este diálogo:

—Que gusto conocerlo, ustedes lo han hecho muy bien...

—Bueno, tratamos de hacerlo lo mejor posible dentro de nuestros recursos...

Lo importante es que nos crean y nos escuchen, porque dependemos de la relación con el mundo.

—Ah, ese es el gran punto..Si no te creen ni te escuchan la tarea es muy difícil. En eso estoy...

Un par de palabras más y eso fue todo, pero cuando ella presentó su renuncia al cargo en octubre de 2007, recordé la conversación. En realidad, por muchos fondos que se tengan, la clave está en la credibilidad. Y en llegar al otro con ideas atractivas, con algo nuevo. En nuestro caso, no se trataba sólo de colocar a Chile como buen socio para firmar acuerdos —lo cual es muy bueno para el crecimiento— sino también ser un país con ideas, sugerencias, compromisos y principios para actuar en un mundo cada vez más determinado por una globalización desatada y un multilateralismo atrasado.

La Presidencia, el Ministerio de Relaciones Exteriores, el de Hacienda y otras instituciones, como las entidades empresariales, sindicales y académicas, fueron convocados a una tarea mayor, con espíritu de proyecto nacional. La Canciller Soledad Alvear asumió con gran entrega el desafío que tenía por delante. Hubo empresarios como Hernán Somerville, Andrónico Luksic o Juan Claro, que pusieron especial entusiasmo en la tarea. Ello, por cierto, encontró su eco en el Parlamento, responsable de dar aprobación a las nuevas dinámicas internacionales por las cuales se adentraba Chile.

El saldo internacional de ese primer gobierno del siglo XXI fue concreto: amplió el mapa de nuestras perspectivas comerciales, reforzó nuestra imagen política y gestó vínculos nuevos con distintos países en el planeta. Hubo varios casos donde por primera vez llegó un presidente chileno, como fueron Turquía, India, Egipto o Indonesia.

Se suscribió el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, el primero de esa potencia económica con un país sudamericano, y el Acuerdo de Cooperación y Complementación Económica con la Unión Europea, que significó ser el más ambicioso firmado por Europa con país alguno: los 15 millones de chilenos se asociaron a 450 millones de europeos de 25 países; hoy ya son 27. A ello se sumó el acuerdo con EFTA (integrada por Noruega, Suiza, Islandia y Liechtenstein).

En Asia, Chile firmó el Tratado de Libre Comercio con Corea del Sur, el primero suscrito por una nación asiática con un país externo a ese continente, y el Tratado del mismo tipo con China, también el primero firmado por el gigante asiático con un país de economía occidental. Igualmente, dando cuenta de una

mirada de futuro sobre las relaciones entre un lado y otro del Océano Pacífico, se logró el Acuerdo Estratégico Transpacífico de Asociación Económica (P4) entre Chile, Nueva Zelanda, Singapur y Brunei (ahora en perspectiva de ampliación tras la cumbre de APEC en Lima), mientras se dejaban encaminadas las negociaciones con Japón, las cuales culminaría exitosamente la Presidenta Bachelet al firmar ese tratado en el 2007. A éste pronto lo seguiría el TLC con Australia, completándose así un puente transpacífico.

Todos estos tratados, además de abrir oportunidades para el comercio chileno con diversos mercados, establecieron la vigencia de un concepto muy importante: la protección. En otras palabras, los beneficios tarifarios ya existentes, quedaban ratificados y protegidos por el texto suscrito. Y las tarifas y plazos definidos en el acuerdo quedaban afianzados cualquiera fueran las circunstancias posteriores en esos mercados. Ahora, cuando se anuncia un 2009 donde muchos pretenden levantar la palabra proteccionismo, esa suma de tratados resulta muy importante.

Tuve el privilegio de ver como muchos líderes escuchaban al Presidente de Chile con especial interés. En sus palabras aparecían visiones nuevas. Con solidez intelectual, rechazó más de una vez los reduccionismos de quienes confundían mercado con sociedad o consumidores con ciudadanos.

Por cierto, le dolían los fracasos. Muchas veces dijo que uno hacía política exterior desde su región. Pero las cosas no se dieron siempre como hubiera querido, especialmente con los países vecinos. Sabía que la palabra “integración” aparecía muy gastada, pero no dejó de trabajar por intentar nuevas formas de cooperación y de acciones compartidas entre los países latinoamericanos.

Si me preguntan cuál fue la frase que más me dijo, sería ésta: “¿Y qué vamos a decir aquí?”. No era poco como desafío, sobre todo cuando se recibía a un gobernante o se presentaba una oportunidad difícil sobre la cual pronunciarse.

A poco andar descubrí que desde la Cancillería se le preparaban dos instrumentos para una visita: por un lado, la carpeta con muchos detalles sobre los vínculos bilaterales (comercio, intercambios, posiciones comunes, candidaturas mutuas a organismos internacionales, biografías y datos de la política del país); por otro, los contenidos posibles para el discurso en el banquete u acto oficial.

Pero, ¿qué había dicho ese gobernante o personaje clave en días recientes frente a tal o cual tema? ¿Cómo le había ido en otras visitas bilaterales antes de llegar a Chile? Se trataba de contar con elementos para una conversación viva, cercana, de intereses mutuos sobre la realidad internacional.

Ese fue uno de los primeros instrumentos nuevos de trabajo: una minuta de dos a tres páginas con citas y referencias noticiosas recientes del personaje a recibir.

Luego vino el otro: las minutas con frases de apoyo para declaraciones a la prensa. Aquí se trataba de hacer visible, con palabras precisas y frases concretas, la esencia del diálogo con otro país. Si se recibía a Condolezza Rice, ¿cómo íbamos a calificar la relación al hablar con la prensa? como una relación “madura y moderna, en un diálogo de respeto mutuo”. Si estábamos en Finlandia, ¿cuál era la afirmación esencial? “Este es el modelo a seguir”. Si llegábamos a Rumania, la respuesta venía de la cultura: “Aquí está un extremo de la latinidad, allá en el extremo sur, allá en Chile, está el otro”.

Y si teníamos una situación de coyuntura, saber actuar sobre ella con la urgencia del caso, para reforzar nuestras posiciones internacionales.

Un ejemplo a la mano: el 13 de diciembre de 2003 recibimos la visita del Canciller de Rusia, Igor Ivanov. Por primera vez un responsable de las Relaciones Exteriores de Rusia llegaba a Chile. Pero un hecho nuevo pasó ese día, ante lo cual era evidente que debíamos decir algo si tendríamos a la prensa nacional e internacional al frente: en Irak habían detenido a Saddam Hussein.

Discutimos rápidamente el tema, vimos que ello podía dar un marco para reiterar nuestras posiciones sostenidas tras la invasión norteamericana a ese país. Llegado el momento, el Presidente tenía el texto adecuado al frente y las agencias internacionales lo citarían luego:

“Esperamos que esto sea clarificador en el escenario político de Irak. Todos queremos que exista paz y no guerra, todos queremos que exista un fortalecimiento y una restitución democrática en Irak. Y para eso, la detención del ex dictador creo que genera las posibilidades de avanzar en esa dirección...esperamos, claro, que él tenga un juicio justo, como corresponde, probablemente lo que él no otorgó a su gente. Pero sí creemos muy importante aprovechar esta oportunidad para que lo que ocurrió hoy signifique el fin de una etapa en la historia de Irak y el espacio indispensable, político, para poder encontrar una solución a través de los organismos multilaterales, en particular Naciones Unidas. Y, por cierto, que el pueblo iraquí pueda elegir sus autoridades de una manera democrática y con un claro respeto a lo que es su identidad cultural”.

Uno vivía escuchando sus diferentes discursos, sus conversaciones dentro y fuera de Chile, sus comentarios ante ciertos artículos de la prensa internacional, y de allí iba saliendo el material a trabajar comunicacionalmente, como también de los análisis con sus asesores principales, en especial con Ernesto Ottone y Eugenio Lahera.

De todo eso sale este libro. Estas páginas no pretenden entregar una cronología histórica ni un análisis interpretativo de las relaciones exteriores chilenas en un momento dado. Aquí sólo queremos entregar elementos para entender las bases de ese pensamiento desde el cual el Presidente Lagos buscó explicar la realidad de Chile al mundo, como también hacer visible ese mundo a los chilenos. Y, por cierto, tiene la marca de los entusiasmos con que uno lo vivió.

Contar cómo la mirada de un país sobre la globalización en marcha se convertía en verbo y relato, para buscar incidir en esa nueva realidad planetaria.

Muchos me han dicho que haber sido testigo privilegiado de esa experiencia involucraba también la obligación de contarla. Y lo hago sabiendo que no todo estará dicho y ni siquiera todo estará bien dicho. Tampoco es un texto que involucre ninguna otra responsabilidad sino la propia.

Cuando llegué a ocupar mi cargo llevaba en la mochila más de sesenta países visitados, entrevistas y encuentros con personalidades claves de los cuales no siempre escribí, pero siempre gané; traía mi presencia en seminarios internacionales, en artículos y libros. También traía los ecos de aquellas conversaciones y tareas realizadas en distintos momentos de la vida, algunas en los comienzos con Hernán Santa Cruz y Clodomiro Almeyda, otras más próximas con Juan Somavía, José Miguel Insulza y Mariano Fernández. De ellos saqué la sabiduría y la mirada amplia para entender los procesos y los actores, las circunstancias y las metas, a partir de un ángulo particular para el análisis: la comunicación internacional.

Cuando salí de La Moneda la experiencia era sustancialmente mayor. Mis amigos me incitaban a escribirlo ya. Preferí esperar un poco, ver que las cosas tomaran un cierto orden.

Pero la crisis aceleró la razón de ser de este relato, el cual, si algún destinatario especial tiene, son las futuras generaciones de diplomáticos. Son ellos a quienes corresponderá trabajar en un mundo donde la distancia importará menos y las coincidencias más, donde la inmediatez irá unida a la globalización, donde la economía podrá tener sentido si sabe derrotar la pobreza. Donde un país como el nuestro, por el peso de sus ideas, pueda ser visto como “un país pequeño con mapa grande”.

## II. Política y palabra: repensar el mundo desde Chile

**Globalización:** 1. f. Tendencia de los mercados y de las empresas a extenderse, alcanzando una dimensión mundial que sobrepasa las fronteras nacionales.

Por primera vez se incorporó en el Diccionario de la Real Academia Española, edición 2001.

**Multilateralismo:** La palabra multilateralismo no está en el Diccionario.

Nota en página web de la Real Academia Española.